

A DEBATE LA ENCRUCIJADA DEL CAPITALISMO



IÑAKI EZKERRA

Reírse de los chinos

Nos reíamos mucho de los chinos porque han inventado un régimen mixto de comunismo capitalista o de capitalismo comunista. Les mirábamos con superioridad y nos parecían el colmo de la extravagancia. Y de pronto se nos cae encima esta crisis que nos ha llevado a lo mismo pero de otra manera. Nos ha llevado al intervencionismo de los Estados en la economía que llamábamos ‘de libre mercado’, al proteccionismo de la empresa, a la beatificación de las pymes, a la declaración de la Banca como monumento histórico artístico y del sistema financiero como patrimonio de la Humanidad. ¿Quién nos iba a decir que el famoso y pomposo y ceremonioso ‘fin de la Historia’ cacareado por Fukuyama iba a tener este epílogo de la cumbre de Washington, que no ha supuesto ni la muerte ni la refundación del capitalismo sino el reconocimiento tácito de que éste no se basta por sí mismo o de que nosotros no nos bastamos con él? No es que uno esté pensando a estas alturas en abrazar el marxismo en el que nunca creyó de veras, sino que simplemente se alegra de no haber mordido con la edad y con el conservatismo que dicen que ésta conlleva el cebo de la tentación liberal. No es que uno se vaya a poner a proclamar en esta modesta columna la dictadura del proletariado y a ratificar como realmente insuperables las contradicciones del sistema capitalista. No son insuperables pero parece, da la ligera impresión de que necesitan del Estado para superarse. Parece, sí, que el capitalismo tiene dentro de sus entrañas, sin necesidad de antihistamínicos ni antiespasmódicos estatales, la capacidad de autorregularse a sí mismo, pero a costa de una hecatombe social y de llevarse por delante los empleos, los ahorros, las pensiones, el bienestar de millones de seres.

Parece que lo que no ha muerto es la socialdemocracia. Lo que pasa es que ahora nos estamos encontrando con una versión paradójica y sorprendente de ella. Ahora son los banqueros y los patronos los que piden a los gobiernos y Estados occidentales las ‘ayudas sociales’ que veían mal para las clases desfavorecidas, para sus endeudados y asalariados. Ahora nos hallamos ante una socialdemocracia improvisada no para los pobres sino para los ricos. Ahora nos encontramos no ya con unas multinacionales y unos bancos intervenidos por los Estados sino mangoneados por los propios partidos. Ahí están los ejemplos de la entrega de Repsol a Lukoil provocada por el PSOE o de la fusión fallida de la BBK con la Kutxa auspiciada por el PNV. Nos encontramos, en efecto, con una versión original e inédita de la mixtura política y económica que no asumimos a diferencia del Gobierno de Pekín. Sigamos riéndonos de los chinos.

■ i.ezkerra@diario-elcorreo.com

Las consecuencias de la debacle financiera internacional afectan ya con crudeza a todas las economías del mundo. Si en un principio llegó

a hablarse de la necesidad de una ‘refundación’ del capitalismo, los principales gobiernos parecen conformarse con anunciar medidas

para paliar los efectos de la crisis en la economía real. Pero **el momento actual precisa también de reflexión desde el terreno de los valores**

Con ética renovada

FRANCESC TORRALBA DIRECTOR DE LA CÁTEDRA ETHOS DE LA UNIVERSIDAD RAMÓN LLULL

La intención expresada por algunos dirigentes políticos de refundar el capitalismo, al hilo de los graves efectos de la crisis financiera, genera perplejidad y merece toda nuestra atención. Por un lado, indica que el capitalismo desbocado que padecemos (la expresión es de Anthony Giddens) no constituye una fatalidad histórica, lo que significa que cabe la posibilidad de transformarlo, de introducir parámetros para encauzarlo. Por otro lado, podría ser un síntoma de esperanza sobre la capacidad de los líderes del mundo capitalista para corregir errores, aprender de los fracasos y enmendar la situación.

Con todo, la gran pregunta es si puede existir algo así como un capitalismo ético. Muchos consideran que la lógica del capitalismo es, en esencia, incompatible con los principios elementales de la ética. «El mercado no tiene entrañas, tanto vendes, tanto vales; el pez grande se come al pequeño», dicen, lo que significa que el que no puede sobrevivir al darwinismo económico se despena por la cuneta. Para muchos pensadores de raíz cristiana y marxista, filósofos y teólogos de la liberación, el capitalismo es la antítesis de la compasión, la patente expresión de la avaricia y de la sed insaciable de riqueza, y sus consecuencias son destructivas para el ser humano, para los pueblos y para la naturaleza. Según éstos, no hay posibilidad alguna de refundar éticamente el capitalismo, porque en sí mismo es inmoral. Sería algo tan

absurdo como pretender mezclar el aceite con el agua. Sólo cabe, pues, la enmienda a la totalidad. Contra esta opción intelectual, se debe recordar que la experiencia histórica y real del marxismo-leninismo acabó en un verdadero colapso, en una privación de todo tipo de libertades y de derechos civiles, en abusos propios de la estatización de la economía y que también tuvo gravísimas consecuencias ecológicas. Me refiero a la cristalización histórica de las ideas de Marx y Lenin.

Para poder responder a la pregunta de si es posible otra ética del capitalismo, se debe ahondar en las raíces de este producto filosófico, económico y político que, como se sabe, deriva del pensamiento de dos ilustres personajes: Adam Smith y David Ricardo, lo dos teóricos del liberalismo clásico. Cabe decir, en honor a la verdad, que los teóricos del ‘laissez faire, laissez passer’ no podían prever lo que sería de este sistema económico en una era global, en una sociedad-red como la actual. No se les pueden imputar, pues, las deformaciones, excentricidades e irrationalidades del turbocapitalismo, como también se le llama, o del neoliberalismo globalizado. No podían ni siquiera imaginar las consecuencias del capitalismo espasmódico y avaricioso de nuestra encrucijada histórica.

La situación actual ha puesto de manifiesto las patentes contradicciones y debilidades de ese modelo. Hoy ponemos en tela de juicio la preeminencia del máximo benefi-

cio al mínimo coste, nos rebelamos contra la deslocalización de las empresas, contra la creciente desigualdad entre los mal llamados Primer y Tercer Mundo, contra la concepción de riqueza puramente centrada en el dinero, contra el malestar psíquico, familiar y social que emana de la hipercompetitividad. Constatamos que la sed insaciable de consumo y de refinamiento nada tiene que ver con el espíritu clásico del liberalismo. El turbocapitalismo sin entrañas ha tocado fondo, pero no el capitalismo si éste es capaz de recuperar sus fuentes éticas.

La historia muestra que el capitalismo no es un sistema al margen de la ética, sino que, como puso de manifiesto Max Weber, existe una íntima relación entre el espíritu del capitalismo y la ética, en particular la protestante. El objetivo de la conocida y citadísima investigación weberiana ‘La ética protestante y el espíritu del capitalismo’ fue descubrir si los orígenes del capitalismo europeo podían ser explicados desde bases no únicamente económicas. Puso de relieve la profunda vinculación existente entre los orígenes del capitalismo europeo y la presencia de formas religiosas ascéticas, representadas particularmente por el calvinismo y el puritanismo. En su teoría, la religión cobra su máxima importancia en cuanto que constituye un elemento sancionador de impulsos racionales no sometidos a regla alguna. El amor al trabajo, entendido como una

Se acabó el baile

JOAQUÍN ARRIOLA PROFESOR DE ECONOMÍA POLÍTICA DE LA UPV-EHU Y MIEMBRO DE BAKEAZ

sea repetida una y otra vez por políticos, medios de comunicación y expertos analistas financieros, como si fuera la verdad revelada.

Lo que pocos parecen recordar es que el mercado financiero global que ahora ha colapsado fue creado a principios de los años ochenta por iniciativa de los gobiernos conservadores de Gran Bretaña y Estados Unidos, en el que fue el último acto conjunto de arquitectura financiera de dos imperios en decadencia monetaria. La liberalización de las cuentas de capital fue impuesta a todo el mundo, bajo presión en unos casos, como a los países latinoamericanos o africanos, donde el Fondo Monetario Internacional impuso esa condición a cambio de refinanciarles la deuda, o como solución al problema de acumulación de deudas soberanas en los bancos centrales de los países exportadores de Asia o de Europa.

Gracias al nuevo sistema, los bancos privados gestionan en Estados Unidos los dólares que sirven para pagar las importacio-

nes –pasándolos de cuentas a nombre de los importadores a cuentas a nombre de los exportadores–, y a cambio multiplican su capacidad de crear dinero a partir de la deuda comercial de Estados Unidos, reciclada como emisiones de eurodólares y otras eurodivisas, principalmente desde la City de Londres. Así, la presión de la acumulación de reservas en dólares en los bancos centrales de los países exportadores se veía aliviada, y Estados Unidos ha podido consumir mercancías a crédito por valor de 7 billones de dólares constantes durante los últimos veinte años, el equivalente al 3% del PIB norteamericano, o a siete veces el valor de la producción española de un año.

Por cierto, España ha aprovechado disponer de una moneda respaldada por una de las principales potencias exportadoras del mundo (Alemania) para apuntarse al sistema de consumir a crédito. Hasta el año 2000, el déficit comercial español era inferior al de países como Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Portugal, Polonia, México o Turquía,